

## Prefacio

Aunque la convicción más difundida sostiene que todo cuanto dejó escrito se halla depositado en Weimar, la verdad es que esto no es así.

Friedrich Wilhelm Nietzsche, ciertamente, pasó los últimos años de su vida privado de razón y al cuidado de su hermana Elizabeth, en la ciudad de Weimar, por eso la casa que habitaron y en la que él murió –la conocida villa *Silberblick*– hoy es conocida como el *Archiv*, el Archivo Nietzsche, y se asume que sus escritos inéditos quedaron en ese lugar; lo cual es cierto, pero sólo en parte; la mayoría de sus papeles quedaron, en efecto, en la ciudad de Goethe, pero no todos.

Alguien cercano a mí, al ocupar un puesto docente en la Universidad de Basel por espacio de dos décadas, encontró un *legajo anudado*, al parecer olvidado en un rincón remoto de la Biblioteca de la institución académica; según podía verse, nadie había tenido la curiosidad de revisarlo, se hallaba ubicado, sin ninguna identificación ni mucho menos clasificación, en el más alto peldaño de un mueble de madera que sostenía algunos otros paquetes, en las mismas condiciones.

Los inviernos alpinos suelen ser muy largos y propicios para el encierro y el ensimismamiento, durante un período invernal de éstos, mi amigo, el

profesor, dio con esta colección de documentos agrupados en orden cronológico, anudados por un listón desgastado y negro, y almacenados en una caja de madera frágil que apenas alcanzaba para contenerlos.

El apego y la militancia de mi amigo siempre se orientaron hacia las lenguas viejas y las resonancias del pasado; él me confesó que cuando encontró estos papeles estaba apasionado por las ascendentes espirales polifónicas de Johann Sebastian Bach, y por la posibilidad de que esta música fuese llevada al lenguaje, a propósito de esto él decía: “Las elevaciones de la montaña cercana y la música llegada de Leipzig, con seguridad, me hacían buscar cumbres también en la alpina lengua germánica”. Ante esas condiciones el hallazgo no pudo ser mejor: un epistolario desconocido de Nietzsche.

Mi amigo lo estudió por años, pero nunca quiso darlo a la publicidad, tarea que encomendó a alguien como yo: un sujeto afectado por la levedad y propenso a las banalidades del mundo; mi labor ha sido sólo ésta, porque de él lo he recibido todo en un estado de perfecto orden, cuidado y casi me atrevo a decir de restauración.

Antes de dar a conocer las cartas aún me queda expresar una duda, lo único que puedo hacer es esto: manifestarla, porque no está en mis manos resolverla, no he podido evitar que me asalten las preguntas siguientes: ¿Por qué todos estos documentos vinieron a descansar a lo más parecido a un domicilio permanente que tuvo el remitente, y no permanecieron en poder de sus destinatarios? ¿Será posible que alguien se haya tomado el trabajo de reunir todas las epístolas, sólo para devolverlas

al lugar que fuera la residencia de quien las envió? O, acaso ¿la razón para que se encuentren en la Biblioteca de la Universidad de Basel, es que estas cartas nunca se han movido de allí, lo cual haría pensar en que nunca fueron enviadas, sino sólo escritas?

Al plantear estas cuestiones a quien realizó el hallazgo, sólo recibí a cambio un silencio inquietante.

Esa inquietud me hace volver a la última de las indagaciones planteadas, la que se refiere a la posibilidad de escribir para guardar lo escrito, la de escribir para destinatarios que nunca verán lo escrito, la cual, sin que exista una evidencia para ello, me parece la más verosímil; lo que convierte a todos, al descubridor de las cartas, a mí y a ustedes posibles lectores en una suerte de destinatarios tácitos, pero de cualquier manera y en todo caso, destinatarios directos de un mensaje por descifrar.

Yo no sé qué impresión vaya a quedar en cada uno de los lectores de esta colección de cartas; por mi parte debo decir que, al terminar su lectura, sentí que su autenticidad puede considerarse como indudable, aunque sólo el mismo Nietzsche, si estuviera vivo, sano y contando con algún medio de hacer oír su respuesta, podría zanjar la cuestión.

En fin, tampoco importa mucho porque la historia de la Literatura, desde Homero hasta Kafka pasando por Cervantes y Shakespeare ha sido, a la vez, la historia de apócrifos, de atribuciones falsas, de manuscritos perdidos y a veces encontrados, de borradores previos o posteriores, de reescrituras,

de plagios, de censuras, de pseudónimos, de glorias inmerecidas y olvidos injustos.

De cualquier manera, todo esto debe existir para que existan los eruditos y los expertos, siempre dispuestos a cobrar facturas de gastos que otros han hecho.

El Editor Encargado